

RESUMEN CRONOLOGICO.

SMOLENSK. — BATALLA DE LA MOSCOWA. — MOSCOU.

1812.

- | | |
|--|--|
| 22 de junio. Guerra con la Rusia. Proclama del Emperador. | na (14 cañones, 2,000 prisioneros). |
| 23. — Paso del Niemen. | — Toma de Dunabourg (20 cañones). |
| 24. — Entrada en Wilna. | 8. — Combate de Inkowo. |
| 28. — La Dieta de Varsovia declara restablecido el reino de Polonia y el cuerpo de la nacion polaca. | 10. — Combate de Swolua. |
| 1.º de julio. Organizacion del gobierno provisional de la Lithuania. | 14. — Combate de Krasnoi (8 cañones y 3,000 prisioneros). |
| 3. — Combate de Sventziany. | 17. — Batalla y toma de Smolensk (200 cañones, y 3,000 prisioneros). |
| 5. — Combate sobre el Dziana. | — Combate de Polotsk. |
| 6. — Combate de Koseni. | 18. — Batalla de Polotsk (20 cañones 1,000 prisioneros). |
| 8. — Toma de Minsk. | 19. — Batalla de Valutina. — Gora (1,000 prisioneros). |
| 18. — Alianza de la Rusia, de la Inglaterra y de la Suecia. | 4 de setiembre. Combate de Gridnewo. |
| 20. — Alianza de la Rusia y de los insurgentes de España. | 5. — Toma del reducto de Aloxino (7 cañones). |
| 23. — Batalla de Mohilow (3,000 prisioneros). | 7. — Batalla de la Moscowa (5,000 prisioneros, 40 cañones). |
| 26. — Combate de Kukowiaczi. | 9. — Combate de Mojaisk. |
| 27. — Combate de Witepsk. | 10. — Combate de Zeekowo. |
| 28. — Entrada en Witepsk. | 14. — Entrada en Moscou. |
| 31 de julio. Combate de Lakubowo. | |
| 1.º de agosto. Combate de Oboiarzi. | |



Paso del Beresina.

INCENDIO DE MOSCOU. — RETIRADA DE RUSIA.

Tras una victoria, la paz siempre fué el mas ardiente deseo del Emperador, y su resolucion de marchar desde Smolensk á Moscou, fundábase en la persuasion de que el enemigo, para salvar la antigua capital del imperio ruso, presentaria batalla, seria batido y Moscou tomada; que Alejandro para recobrarla pediria paz, y que, si todavia dudaba pedirla, en aquella inmensa ciudad se hallarian recursos y punto de apoyo para emprender una nueva campaña en la siguiente primavera. Efectivamente, si á ello le obligaban los acontecimientos, el Emperador estaba resuelto á invernar en Moscou. «Presentaremos, decia, el espectáculo de un ejército invernando pacíficamente en medio de pueblos enemigos que lo cercan por todas partes. El ejército francés en Moscou será el navío aprisionado por los hielos; pero cuando vuelva la buena estación, si á ello se nos obliga, volveremos á empezar la guerra.»

Edificada como Roma sobre siete colinas, Moscou, con sus numerosas iglesias, sus agujas, campanarios y cúpulas de todas formas, presentaba el aspecto mas pintoresco. Grande y magnífica, antigua capital de la Moscovia, la ciudad santa del imperio ruso era el depósito del comercio de la Europa y del Asia. Su circunferencia igualaba á la de Paris, aunque su

poblacion no pasase de doscientos cincuenta mil habitantes; contaba mil seiscientas iglesias, cuyos dobles campanarios estaban contruidos en forma de minaretos ó sobrecargados de medias naranjas combadas, doradas y pintadas con diversos colores. Dividida á la manera asiática, ofrecia cuatro partes distintas, cercada cada una con diferente muralla: el *Kremlin* fortaleza de forma triangular que encerraba el palacio de los czares; la *Kitaye-Gorod*, ó ciudad china, edificada por los tártaros, habitada por los negociantes y llena de *bazares* ó mercados; la *Beloye-Gorod*, ó ciudad blanca, construccion nueva de la nobleza rusa, en que estaban situados los mas hermosos palacios; en fin, la *Zemlenoye-Gorod*, ó ciudad de tierra, donde se hallaban las habitaciones de la plebe.

La vanguardia, al mando del rey Murat, penetró en Moscou el 14 de setiembre; el ejército entró en ella el 15, y el mismo dia el Emperador puso su cuartel general en la antigua residencia de los czares, en el *Kremlin*.

Como ya Napoleon lo previniera, Moscou ofrecia grandes recursos. El arsenal del *Kremlin* contenia cuarenta mil fusiles ingleses, austríacos y rusos, un centenar de cañones, lanzas, sables, armaduras y trofeos cogidos á los turcos y á los persas. Fuera de las murallas, en edificios aislados encontraron tambien cuatrocientas mil libras de pólvora y mas de un millon de libras de salitre. Apesar de haber la mayor parte de los habitantes abandonado la ciudad, el ejército iba á nadar en la abundancia. Los almacenes estaban llenos de provisiones de toda especie, y ni siquiera habian sido desamueblados los quinientos palacios de la nobleza. Criados dejados de propósito por los ciudadanos ricos á quienes el gobernador obligó á desamparar la ciudad esperaban á los generales que debian ocupar aquellos edificios, para remitirles esquelas de sus amos, en que decian que regresarian dentro algunos dias, cuando se hubiese calmado la primera confusion, y recomendaban sus propiedades á la generosidad francesa.

Todas las esperanzas del Emperador, todos los cálculos de su genio debian ceder á un acontecimiento inesperado: el incendio de Moscou. El gobernador Rostopchin no pidió este sacrificio al dudoso patriotismo de los habitantes, sino que con-

fió la obra de destruccion al ciego furor de los criminales, puestos en libertad con aquella condicion. Diversos han sido los juicios que se han formado acerca de aquel suceso que causó la ruina de una poblacion numerosa; perseguido por la rabia de sus compatriotas, Rostopchin se vió despues obligado á disculparse. El incendio de Moscou, la destruccion de aquella rica ciudad obligaron efectivamente al Emperador al movimiento retrógrado que tan fatal fué para el ejército francés; pero ningun desastroso resultado hubiera tenido la retirada de Rusia, á no haber sobrevenido un invierno precoz, horrible y riguroso. El ejército, despues de haber tomado sus cuarteles de invierno sobre el Dniéper ó el Niemen, hubiera en la primavera continuado batiendo al enemigo, y los esfuerzos de Napoleon se hubiesen dirigido contra San-Petersburgo. Un continuo frio de 20 á 30 grados fué el único vencedor de nuestros soldados.

Cuando se derramaron por Moscou nuestras tropas, aquella vasta ciudad parecia casi desierta. Habíanse quedado en sus casas solo cuarenta mil habitantes, casi todos de las clases ínfimas y algunos centenares de negociantes estrangeros, pero llenos de terror manteníanse encerrados, pues Rostopchin, en su proclama, presentára á los franceses como una banda de ladrones y malvados. Reinaba una tranquilidad siniestra en todas aquellas calles poco antes tan populosas y turbulentas. Poco despues empezó el incendio: el silvido de las llamas, el crugido de los abrasados maderos, las redobladas esplosiones vinieron á turbar aquel silencio de mal agüero. Estallaron simultáneamente los primeros fuegos á las cinco de la tarde en tres puntos, en el *Hospicio de los niños-espósitos*, en el *Banco de asignaciones* y en el *Bazar*. Lograron nuestros soldados apagarlo en el *Hospicio* y en el *Banco*; pero en el *Bazar*, la violencia del incendio triunfó de sus esfuerzos; y fué imposible salvar aquel inmenso edificio, que, construido como los de las grandes ciudades del Asia, contenia un sin número de tiendas llenas de preciosas mercancias, pues que los negociantes, al salir de la ciudad por orden del gobernador ruso, ni tuvieron tiempo para salvar algunos efectos. Todas las riquezas comerciales de Moscou, así reunidas, fueron pábulo de las lla-

mas. Ningun nuevo desastre hubo por la mañana y tarde del 15, pero por la noche brilló el incendio en mas de cincuenta puntos diversos y opuestos. En vano se procuró estinguirlo, pues Rostopchin, en su cruel prevision, habíase llevado las bombas, y el fuego se propagaba con demasiada rapidez para que se pudiese detenerle por medios ordinarios. Durante la noche aumentóse el número de los edificios abrasados; en la mañana del 16, empezó á soplar un furioso viento, y los incendiarios organizados por Rostopchin, queriendo aprovecharse de ello, llevaron materias combustibles á las casas situadas contra el viento. Desde entonces hízose inevitable la ruina de aquella ciudad. En pocas horas Moscou presentó la imágen de un océano de fuego, en que rodaban acá y acullá impedidas por la tormenta anchas oleadas de llamas y arremolinados torrentes de humo, entremezclados con brillantes destrozos, como la espuma que rebota contra la roca. Era tal la violencia del viento, que pedazos de bigas inflamadas arrebatados mas allá del Moskowa, iban á llevar el incendio á los barrios todavía intactos. Derrumbábanse con fragor las techumbres de los palacios y las cúpulas de las iglesias. Los infelices habitantes, arrojados por las llamas y por el humo de las bóvedas en que se escondieran, vagaban por las calles, llevándose sus hijos y sus mugeres, y dando al viento patéticos y destrozadores gritos. Los soldados veían con dolor consumirse los víveres y las municiones que debían proporcionarles una necesaria y descada abundancia. Así que estuvieron convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos para atajar los progresos del incendio, cesaron de combatirlo, y por una prevision interesada, pero natural, lanzáronse en las casas que todavía estaban intactas, para buscar en ellas los diversos objetos que debían serles útiles y que pronto iban á ser pábulo de las llamas.

El 16, por la noche, el Emperador, amenazado por el fuego hasta el Kremlin, fué á establecerse á una legua de Moscou, en el castillo de Petrowskoie. El ejército salió al punto de la ciudad, que quedó sin defensa, entregada al saqueo y al incendio (1).

(1) «En el pillage hacia el principal popel el populacho de Moscou; él es

Cuatro días permaneció el Emperador en Petrowskoie, para aguardar allí el fin del incendio de Moscou. La destruccion de aquella ciudad y sus consecuencias que ya preveía, le inspiraron el atrevido proyecto de marchar al punto hácia el Báltico, y de ir á conquistar la paz á San-Petersburgo. El ejército de Kutusoff, batido y desmoralizado, no estaba en estado de oponerse á un movimiento que tal vez hubiera mudado el aspecto de las cosas. Recibido con entusiasmo por el príncipe Eugenio aquel proyecto, que Napoleon sometió al examen de los demas gefes de su ejército, vino á ser el objeto de sus críticas y de sus objeciones. Ya muchos de sus intrépidos tenientes sentían la necesidad de reposo y temían hundirse mas adentro del norte é ir en busca del invierno, como si no debiese este sobrevenir demasiado temprano. Hicieron presente al Emperador que el ejército estaba rendido de fatiga y que tenía numerosos heridos que solo podían restablecerse permaneciendo en los hospitales de Moscou. Participáronle que ya habia cesado el incendio, que ya se estinguía en la ceniza y debajo de los escombros, que el mal no era tan considerable que debiese temerse. «El Kremlin, decían, está intacto, se ha preservado el cuartel ocupado por la guardia imperial, quedan en la ciudad algunos edificios que no han padecido: el fuego no ha penetrado en las despensas donde se encuentra arroz, aguardiente, salazon, pieles y casi todo lo que necesita el soldado para el invierno.» Dejóse el Emperador persuadir, y cedió. Volvió á entrar en Moscou el 18, y fué de nuevo á morar en el Kremlin.

Fué su primer cuidado repartir socorros á los infelices habitantes que el incendio dejara sin recursos. Tan inesperada beneficencia motivó la primera ocasion de negociacion con San-Petersburgo. El general ruso Toutelmine, al dar cuenta á la Emperatriz, madre de las bondades de Napoleon respecto del establecimiento de los niños espósitos de que era director, hizole conocer las disposiciones pacíficas del Emperador de los

«quien hallaba los mas secretos subterráneos; de modo que el soldado, que al principio solo era tranquilo espectador, pronto tomaba una parte activa.»
(Carta de M. Sarrugues, párroco de san Luis de Moscou.)

franceses. Iguales sentimientos animaban á Alejandro, pero no era dueño de seguir su voluntad; pues la nobleza rusa, dirigida por las inspiraciones de la Inglaterra, era quien arreglaba la marcha de los negocios. Acababa poco antes de obligar al emperador de Rusia á despedir á un ministro que gozaba de su confianza, y le había impuesto la eleccion de Kutusoff para general en gefe. La conducta de los gefes del ejército, en aquella poco conocida circunstancia, fué una verdadera rebelion, una conspiracion abierta y flagrante, que amenazaba á la vez al trono y la vida de Alejandro; y este tuvo que ceder. En el ejército ruso representaba á la Inglaterra un hombre de firme carácter, de notable capacidad y sinceramente adicto á los intereses de su patria. Este hombre, á quien la Francia conoce por los generosos sentimientos que en ella ha manifestado y por su noble conducta en el asunto de Lavalette, era sir Roberto Wilson (1). El representante inglés llenaba un deber nacional estorbando el buen éxito de todas las negociaciones que tendian á pacificar la Europa.

Esto esplica como se frustraron sucesivamente todos los pasos que hicieron relativamente á aquel objeto, y porque ningun resultado tuvieron ni la carta que el mismo Napoleon escribió á Alejandro ofreciéndole la paz, ni la mision del general Lauriston á San-Petersburgo. Kutusoff ni siquiera dejó llegar este general hasta el emperador de Rusia.

Numerosos trabajos señalaron las cinco semanas que Napoleon pasó en Moscou. Al gobierno del imperio agregábanse el cuidado del ejército y de la correspondencia con todos los ge-

(1) Por el mismo general Roberto Wilson es por quien sabemos todos los detalles de la conspiracion del ejército ruso, que obligó al emperador Alejandro á despedir á su ministro y á nombrar un general que no queria. Por su posicion personal, sir Roberto Wilson gozaba de grande influjo con los gefes del ejército, y tambien el emperador Alejandro le concedió ilimitada confianza. Entre los sublevados y el emperador fué un mediador desinteresado. Evitó que el complot pasase á insurreccion, salvó á los conjurados de la venganza del emperador, y quizás aseguró al mismo Alejandro contra la furia de los conspiradores.

ses. Luego que estuvo convenido el Emperador de que la paz encontraria tales obstáculos que quitarian toda esperanza de poderla firmar pronto, resolvió volver á tomar sus posiciones detras del Dniéper y del Dwina, á fin de estar cerca de los almacenes que hiciera preparar en Polonia. Por otra parte en nada variaba de posicion militar puesto que no se alejaba de San-Petersburgo, que debia ser el objeto de la próxima campaña, como que Smolensk y Wilna estaban á igual distancia que Moscou de la capital marítima del imperio ruso.

El tiempo era hermoso y seco, ningun síntoma amenazador anunciaba un invierno mas precoz y riguroso que de ordinario. El Emperador únicamente resolvió regresar á Smolensk por Kalouga, camino nuevo y que todavía no había sido gastado con la marcha de los ejércitos. Es tambien creible que tuviese el designio de enviar un fuerte destacamento á Toula donde se hallaban las principales fábricas de armas de la Rusia, y de arruinar por algun tiempo los recursos que alli podia encontrar el ejército enemigo.

Sin embargo, Kutusoff recibió refuerzos; el ejército de Moldavia verificó su reunion con el de reserva, y estableció su campo en Taroutina, al sud de Moscou, en disposicion de cubrir Kalouga y Toula á la vez.

Empezó la evacuacion de Moscou el 15 de octubre con la partida de un convoy de heridos que se dirigió á Smolensk, al cual siguieron otros en los dias 16, 17 y 18. El grueso del ejército salió de la ciudad y tomó el camino de Kalouga el 19, dia en que el mismo Emperador se puso en marcha. El mariscal Mortier quedó en ella con algunos millares de hombres, y se retiró volando el Kremlin, cuando los rusos lo atacaban.

Un incidente casual vino á variar la línea de retirada. Kutusoff, que con sus ciento cincuenta mil hombres permanecía tranquilo en su campo de Taroutina, recibió por sus batidores la noticia de que un cuerpo francés andaba hácia Kalouga. Aunque no creyendo que fuese el principio de la retirada, quiso destrozár aquel cuerpo que solo suponía era un fuerte destacamento, y levantando su campo, dirigióse á Malo-Jarowetz, donde encontró la vanguardia francesa mandada por

el virey. Tratóse un reñido combate que duró todo el día. El virey sostuvo con gloria todos los ataques del enemigo, ataques sin cesar renovados y apoyados con tropas de refresco. Fué tomada y recobrada siete veces la ciudad que estaba ardiendo, pero quedó definitivamente en poder de los franceses, que tuvieron que llorar la muerte del intrépido general Delzons, que pereció combatiendo denodadamente á la cabeza de su division.

Por la tarde el grueso del ejército francés llegó sobre el campo de batalla. Kutusoff, retirado á alguna distancia, habia tomado posicion y parecia dispuesto á empeñar una accion decisiva. Quería el Emperador insistir en su movimiento hácia Kalouga, pero las representaciones de los generales, y el temor de aumentar con una gran batalla el número de heridos, hicieron que en vez de marchar adelante, diese la orden de seguir á la derecha para alcanzar desde Wereya el camino de Smolensk pasando por Wiasma, camino que siguiera el ejército en su ida á Moscou.

Wiasma fué tambien el teatro de una batalla gloriosa para el ejército francés. Kutusoff habíase dirigido por una travesía hácia aquella ciudad, mas allá de la cual ya pasára una parte del ejército francés; de consiguiente esperaba cortar y hacer prisioneros á los cuerpos que formaban la retaguardia. Miloradowitsch, con un ejército de sesenta mil hombres, la mitad caballería, alcanzó la carretera que va de Wiasma á Federowskoë. El virey iba á entrar en Wiasma, pero Davoust estaba todavia detras de Federowskoë. Era crítico el movimiento. Eugenio no escuchando mas que su valor é inspiracion militar retrocedió sobre sus pasos para dar la mano á Davoust, que se le reunia con la retaguardia abriéndose paso á viva fuerza por entre los batallones rusos.

Cinco días despues del combate de Wiasma, empezó á hacerse sentir el frio, y el 9 de noviembre el Emperador llegó á Smolensk. Contaba detenerse allí para restablecer el orden en el ejército; pero los almacenes habian sido agotados por las tropas y heridos que permanecieran en aquella ciudad; fué preciso pues, por sus consideraciones militares que van á esplicarse, decidirse á retroceder hasta Wilna, de donde las

mismas causas y los mayores desastres debian aun echar al ejército. Fué evacuada Smolensk; y al mismo día, bajó el termómetro á 19 y 20 grados bajo cero.

Antes de llegar á Smolensk, recibiera el Emperador la noticia de la singular conspiracion del general Malet, que, solo, sin tropas, sin apoyo, prisionero de estado, desconocido de la muchedumbre, sin influjo, sin nombradía, á favor de su audacia y de muchas órdenes falsas hábilmente redactadas, habia logrado, por algunas horas, apoderarse del gobierno de la capital. Aquella conspiracion, que un mismo día vió nacer, triunfar y reprimirse, y que solo debia su momentánea victoria á la ausencia del gefe del estado, no sorprendió al Emperador. Solo le pasmó una cosa: «Y era esta, dice M. Fain (1), que despues de doce años de gobierno, despues de su matrimonio, despues del nacimiento de su hijo, despues de tantos juramentos, pudiese todavia su muerte llegar á ser un medio de revolucion!» «Y Napoleon II! decia; no pensaban, pues, en Napoleon II!» Este olvido, que le apesadumbrió vivamente, fué para él una penosa revelacion...

Tan poco duró la conspiracion del general Malet, que ni llegó á oídos de la mayor parte de los parisienses. Podian los deseos de la ambicion y los proyectos de grandeza traer distraídos á los principales funcionarios y á los grandes personajes de la capital; pero el pueblo de Paris solo pensaba en el valiente ejército grande y en su ausente Emperador. Ya algunos boletines habian dado á conocer el incendio de Moscou, la comenzada retirada, y las victorias de Malo-Jarolawetz y la de Wiasma. No se desesperaba todavia de la guerra de Rusia, aunque habia mucho tiempo que carecia la Francia de noticias del cuartel general. La publicacion del 92º boletín causó universal estupor. Vamos á copiar en gran parte aquel memorable documento de la historia contemporánea. Napoleon, que hasta entonces solo tuviera ocasion de presentar al pueblo francés el cuadro de sus triunfos, y que tan bien hablára de sus victorias, cuenta sus desastres con una verdad y dignidad, que no pueden dejar de causar una impresion segura y profunda.

(1) Manuscrito de 1812.